

## EN VÍSPERAS ALFONSÍES: EL ARZOBISPO, LAS REVELACIONES Y UN DRAGÓN

ANTONIO CASADO POYALES  
Universidad de Castilla-La Mancha

En 2021 se conmemoró el VIII centenario del nacimiento de quien, andando el tiempo, sería el rey Alfonso X el Sabio, nacimiento que tuvo lugar en Toledo, en los llamados «palacios de Galiana intramuros» el día de san Clemente de Roma, papa, de la era de 1259<sup>1</sup>.

Pero también celebramos una efeméride que ha pasado prácticamente desapercibida, el VIII centenario de la consagración (reconsagración, en realidad) de la iglesia toledana de San Román, que tuvo lugar el día de san Metodio del mismo año por el primado Jiménez de Rada, una de las personas más importantes, tanto intelectualmente como jurídica, política y teológicamente del siglo XIII, que falleció cuando Alfonso X tenía ya veintidós años<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Es decir, el 23 de noviembre de 1221. Como es sabido, en Hispania se databan los años *sub Aera Hispanica* al menos desde el siglo V. No sería hasta Juan I cuando se suprimió su uso en Castilla (en 1383, por las cortes de Segovia), implantándose la datación por la era Cristiana, o de la Encarnación, restando 38 años a los de la Era Hispánica o de Augusto. En otros reinos hispánicos se dejó de usar entre el siglo XII y el XV.

<sup>2</sup> El 20 de junio de 1221. Entre otras festividades, se conmemora a Metodio de Olimpia, un poco conocido mártir del siglo IV del cual se tenían referencias a través de san Jerónimo de Estridón. Se creía que fue el autor del llamado *Apocalipsis del*

He denominado este texto «En Vísperas Alfonsíes» considerando estos años como previos al reinado del por entonces hijo y heredero de Fernando III el Santo, que era un joven veinteañero cuando falleció Jiménez de Rada. La labor cultural del prelado sería decisiva, y continuada por el príncipe que, andado el tiempo, obtendría el apodo de «rey Sabio».

Y no obviemos el papel de Jiménez de Rada como político y consejero de los reyes castellanos (que se inició con Alfonso VIII, continuó con los hijos de este, Enrique I y Berenguela I, y culminó con el nieto, Fernando III y los años de juventud del bisnieto, el futuro Alfonso X), así como líder militar e impulsor de la Reconquista, dado que precisamente es este papel al que haremos referencia. Pero, para ello, es conveniente recordar los hechos principales de su vida.

### **EL ARZOBISPO JIMÉNEZ DE RADA. ECLESIAÍSTICO, HISTORIADOR, POLÍTICO... Y MUCHO MÁS**

Como historiador, Jiménez de Rada, al que apodaron «el Toledano», tuvo una obra más que notable, y hay quien le considera padre de la historiografía española, escribiendo importantes y eruditas obras, como *De rebus Hispaniae*, (conocida también como *Historia de las cosas de España*, *Historia gótica*, *Crónica del Toledano*, *Historia de los godos* o *Cronicon de las cosas sucedidas en España*), que recoge toda la historia de Hispania desde los orígenes hasta su propio tiempo<sup>3</sup>, y su *Historia Arabum* (*Historia de los árabes*), que fue la primera historia del Islam escrita por un historiador cristiano occidental, por lo que se le podría sin duda considerar

---

*Pseudo-Methodio*. Es más que posible que el hecho de que Jiménez de Rada eligiese precisamente este día para la reconsagración de San Román no se deba a la casualidad.

<sup>3</sup> Sobre su *Historia gótica* y su influencia en los historiadores posteriores, vid. E. Jerez Cabrero, «La Historia Gothica del Toledano y la historiografía romance», *Cahiers d'Études Hispaniques Médiévales*, n.º 26, 2003, pp. 223-239.

el primer arabista. Para su redacción usó fuentes de distintos autores, como Aḥmad al-Rāzī, Ibn al-Qutiyya (siglo X) o Ibn Ḥayyān (siglo XI). También escribió sobre los romanos (*Historia Romanorum, Chronica Pontificum et Imperatorum Romanorum*) y sobre otros pueblos altomedievales, aparte de los visigodos (*Historia Hunnorum, Vandalorum et Suevorum. Historia Ostrogothorum*).

Teológicamente destacó por su *Breviarium Ecclesiae Catholicae* (también conocido como *Expositio Catholica Scripturae*), que es considerado una *Biblia historial* y «un intento de introducir en España las corrientes teológicas imperantes en Europa a comienzos del siglo XIII»<sup>4</sup>, bebiendo de muy diversas fuentes, como Petrus Comestor, canciller de La Sorbona, el historiador judeorromano Flavio Josefo, san Agustín de Hipona, san Isidoro de Sevilla o Beda *el Venerable*.

Y no se debe olvidar su importante papel como protector de traductores e intelectuales asentados en su sede, como Michael Scot (Miguel Escoto), Marcos de Toledo, Alfred of Shreshill (Alfredo de Sareshel) o Hermannus Alemannus (Germán el Alemán) e impulsor del movimiento intelectual de promoción del intercambio científico y cultural entre las lenguas griega, latina, arábiga y siríaca, que venía desde la época de su predecesor don Raimundo, en época de Alfonso VII, y que sería conocido posteriormente como *Escuela de Traductores de Toledo*.

Jiménez de Rada, «el Toledano», nació en la localidad navarra de Rada<sup>5</sup> hacia 1170, hijo del caballero don Jimeno Pérez de Rada, señor de Rada y Cadreita, y de doña Eva de Fi-

---

<sup>4</sup> Según Juan Fernández Velarde, quien sugiere que el *Breviarium* de Jiménez de Rada fue concebido inicialmente como libro de texto para ser usado en la universidad de Palencia, citado a su vez por Helena Carvajal. Vid. H. Carvajal González, «El *Breviarium Historiae Catholicae* de Rodrigo Jiménez de Rada», *Anales de Historia del Arte*, vol. 23, 2013, pp. 17-41.

<sup>5</sup> Hay quien le hace nacer en Puente La Reina o Fitero (Navarra, en ambos casos).

nojosa o Hinojosa, que era a su vez hija del señor de Hinojosa del Campo y Deza, don Miguel Muñoz, y de la señora de Boñices, doña Sancha Gómez. Así pues, su familia paterna había pertenecido a la corte de Sancho VII de Navarra y Ramiro II de Aragón, y la materna, a la de Alfonso VII de León.

Su madre era hermana del que fue el primer abad del monasterio cisterciense de Huerta, Martín de Finojosa, que también fue obispo de Sigüenza<sup>6</sup> y guió los pasos del joven Rodrigo. Se formó en la corte pamplonesa de Sancho VI de Navarra, *el Sabio*, bajo la tutela del diplomático, consejero real y obispo de allí, Pedro de Artajona, también llamado Pedro de París, por haberse formado en La Sorbona.

Desde Navarra pasó a la universidad de Bolonia en 1195, formándose allí en derecho y filosofía. En el año 1199 fue a La Sorbona, a estudiar teología. Su estancia universitaria le permitió ampliar su conocimiento de lenguas. Además del vascuence y el castellano de su tierra natal, y del preceptivo latín de todo eclesiástico y estudiante, aprendió también francés, toscano, griego, hebreo, árabe, inglés y tudesco. En 1203 dejó París y regresó a Navarra, donde pasó a servir al rey Sancho VII el Fuerte<sup>7</sup>. Gracias a las mediaciones diplomáticas de Rodrigo, Navarra firmó la Paz de Guadalajara con los castellanos, lo que le hizo merecedor de la confianza del rey

---

<sup>6</sup> El abad Martín, futuro san Martín de Finojosa, fue elegido obispo de Sigüenza en 1186, renunciando en 1192 para volver a su monasterio. Fue muy querido del rey Alfonso VIII de Castilla, con el que fundó el monasterio femenino cisterciense de Las Huelgas, en Burgos. Falleció en Sotoca de Tajo (Guadalajara), en 1213, cuando regresaba a Santa María de Huerta (Soria) tras consagrar en Murel de Tajo (Guadalajara) el entonces nuevo monasterio de Santa María de Óvila, lamentablemente expoliado y echado a perder tras la desamortización, y que acabó siendo vendido, desmantelado piedra a piedra y enviado a San Francisco (EEUU), donde las piedras fueron abandonadas, sin acometerse la reconstrucción prevista.

<sup>7</sup> Cuñado de Ricardo de Inglaterra, ‘Corazón de León’, el cual estaba casado con su hermana Berenguela de Navarra, condesa de Anjou, duquesa de Normandía y reina de Inglaterra.

Alfonso VIII de Castilla, con el que iniciaría una profunda colaboración que perduró hasta la muerte del soberano.

En 1208 el rey Alfonso VIII le propuso para su primer episcopado: el de la diócesis soriana de Osma, aunque no llegó a tomar posesión formal porque entre medias falleció Martín López de Pisuerga el Magno, consejero del rey Alfonso y arzobispo de Toledo, y Rodrigo fue propuesto para sucederle al frente de la archidiócesis primada. El cabildo le eligió por mayoría y el papa Inocencio III lo ratificó en febrero del año siguiente.

Precisamente a partir de aquel año de 1208 el nuevo prelado, don Rodrigo, fue uno de los impulsores, junto al obispo palentino Tello Téllez de Meneses, de la fundación de la que sería la primera universidad de España, la de Palencia -la sexta del mundo, después de Bolonia (1088), Oxford (1096), La Sorbona (1150), Módena (1175) y Vicenza (1204)-, a partir de las antiguas escuelas catedralicias palentinas. Dio sus primeros pasos como *Studium Generale* del obispado en 1208, siendo reconocido por el rey Alfonso VIII en 1212<sup>8</sup>.

En aquel año de 1212 se encargó de predicar la bula contra los sarracenos que había firmado tres años antes el papa. Jiménez de Rada acabó consiguiendo que se crease una coalición militar integrada por los ejércitos de Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón, Sancho VII de Navarra, y tropas de templarios, hospitalarios, calatravos, santiaguistas y voluntarios ultramontanos (narbonenses y occitanos), portu-

---

<sup>8</sup> No hay unanimidad absoluta sobre si el Estudio General de Palencia surgió por evolución de las escuelas catedralicias. Adeline Rucquoi sugiere que pudo ser el engrandecimiento de una escuela palatina preexistente. En todo caso, hay expertos que consideran una refundación a la hecha en 1208, retrocediendo su fecha fundacional a ca. 1180 (lo que la adelantaría al quinto puesto mundial, por delante de la de Vicenza). Cronología aparte, es interesante el estudio del papel del rey Alfonso VIII. Vid. M. A. Rodríguez de la Peña, «Rex institutor scholarum: la dimensión sapiencial de la realeza en la crónica de León-Castilla y los orígenes de la Universidad de Palencia», *Hispania Sacra*, vol. 62, n.º 126, 2010, pp. 491-512.

gueses y leoneses. Los ejércitos cristianos rodearon por sorpresa a los almohades del Miramamolín, y el hecho conocido como «la carga de los tres reyes» fue el detonante de la victoria y supuso un gran avance para la Reconquista y el principio del fin del imperio de Muhammad an-Násir. Por este hecho, el rey Alfonso fue apodado «el de las Navas». Jiménez de Rada estuvo presente de manera activa en la batalla, al mando de una parte del ejército de Alfonso VIII<sup>9</sup>.

1214 fue el año en que falleció el rey Alfonso VIII de Castilla, viajando hacia Plasencia para entrevistarse con su yerno, el rey de Portugal. Nuestro arzobispo, que le acompañaba, le confesó y dio la extremaunción. A Alfonso le sucedieron sus hijos, primero Enrique I, de diez años, que fallecería de accidente tres años después, y luego su hija Berenguela I, la primogénita (que había ejercido la regencia durante el breve reinado de Enrique y antes había sido reina consorte de León), la cual abdicó, a su vez, en su hijo Fernando, de dieciocho años, futuro Fernando III, quien mantuvo al arzobispo Jiménez de Rada en sus puestos de canciller y consejero real.

En 1215 asistió al IV Concilio de Letrán, convocado por Inocencio III para condenar algunas herejías, buscar el acercamiento con las iglesias de oriente y preparar una nueva cruzada en los santos lugares, consiguiendo la concesión de tal categoría a la lucha que desempeñaban los reyes cristianos de

---

<sup>9</sup> El papel de Jiménez de Rada en las Navas de Tolosa es indiscutible. De entre la numerosa bibliografía, Álvaro Fernández de Córdoba, citando a Damian J. Smith, nos dice que Inocencio III hizo compatible el uso de la fuerza para defender los territorios cristianos con el deseo de llevar la fe a los territorios musulmanes, que se quería evangelizar y recuperar para la verdadera fe si triunfaba la cruzada. Y también nos dice que a su convencimiento sobre la necesidad de la fuerza para contener a los almohades unía gran interés por conocer el Islam, para demostrar teológicamente sus errores e incitarles a la conversión. Citando a Pick, agrega que tenía un proyecto de coexistencia pacífica bajo el poder cristiano, y que aspiraba a un acercamiento conciliador. Vid. Á. Fernández de Córdoba, «Cristianismo e Islam en el siglo de las Navas de Tolosa (1212): coexistencia y conflicto en un espacio de frontera», *Anuario de Historia de la Iglesia*, vol. 20, 2011, pp. 101-115.

Hispania contra los almohades, que habían sufrido una grave derrota en 1212 en Las Navas de Tolosa y ahora tenían un nuevo califa, Yúsuf II. El nuevo papa Honorio III le nombró legado en Hispania para organizar la cruzada, cargo que desempeñó durante un decenio, siendo el representante de la santa sede ante los diferentes reyes cristianos. Dos años después volvió a Roma para defender los derechos de Toledo como sede primada, que le eran disputados por otras diócesis que aspiraban a serlo, como Braga o Compostela, o que lo fueron en tiempos romanos o godos, como Tarragona o Cartagena<sup>10</sup>.

Llegado 1221 fue consagrada la reforma que Rada había mandado hacer en la simbólica parroquia de San Román de Toledo, simbólica por haber sido donde se proclamó rey a Alfonso VIII. El arzobispo mandó hacer un complejo programa iconográfico en unas magníficas pinturas murales al temple sobre yeso, programa que representa, como se verá, diferentes escenas del Libro de la Revelación<sup>11</sup>.

Cinco años después, en 1226, puso la primera piedra de la nueva catedral de Santa María de Toledo, una idea largamente acariciada para la que habría de ser una digna sede primada, ya en el nuevo estilo gótico al uso de la época. Hasta el momento, se había venido usando casi sin reformas la antigua mezquita mayor, adaptada al uso litúrgico cristiano tras la Reconquista de la ciudad en 1085 por Alfonso VI, y que a su vez ocupaba el espacio de la antigua catedral visigoda. Así pues, se retomaba el espacio del antiguo templo catedralicio donde habían oficiado los padres de la Iglesia

---

<sup>10</sup> La primacía de Toledo, otorgada por Gundemaro en 610, ya que Cartagena estaba en poder de los bizantinos, había sido reconocida tras la Reconquista por Urbano II, en la bula *Cunctis Sanctorum* (1088). Pese a ello hubo arzobispos en los reinos de Hispania que se negaron a reconocer dicha primacía, como el de Braga o el de Tarragona (ambos siguen usando actualmente el título de primados).

<sup>11</sup> Identificado tras los trabajos en 2002 de Carmen Rallo Gruss y Ana Monereo Mejías, programa iconográfico que se detallará más adelante.

toledana, como san Ildefonso, san Eugenio o san Julián, iniciando un proyecto arquitectónico que le fue encargado al maestro Martín, que inició las obras por la girola, como era habitual, siendo continuadas por Petrus Petri (Pedro Pérez)<sup>12</sup>.

Este periodo coincide con el avance que dio a la Reconquista el nuevo soberano, Fernando III, con el apoyo de Jiménez de Rada, que en 1225 consiguió del papa Honorio III una bula de cruzada, iniciándose la campaña para recuperar las tierras de lo que más adelante se llamará Reino de Jaén con la colaboración de su aliado y amigo Abdalá ben Muhammad, emir de Baeza, llamado al-Bayyasi («el Baezano»). Algo más adelante (1230), Rada y el rey Fernando iniciaron una nueva campaña en Jaén, que interrumpieron al enterarse del fallecimiento de Alfonso IX de León, padre de Fernando, reuniéndose bajo su mandato ambas coronas, Castilla y León, que no volverán a separarse. Fernando le nombró adelantado de las tierras que reconquistase en la comarca de Cazorla, consiguiendo nuestro arzobispo dominar un territorio de casi 2.000 km<sup>2</sup>, fronterizo al sur con el sultanato granadino.

Rada realizó nuevas gestiones en Roma ante el nuevo papa, Gregorio IX, demostró sus habilidades diplomáticas evitando una guerra con Teobaldo el Trovador, rey de Navarra y conde de Champaña, y luego defendió en Lisboa los derechos del clero portugués ante los abusos del infante don Fernando, *senhor* de Serpa. La reconquista de Valencia por Jaime I el Conquistador le llevó de nuevo a Roma para reivindicar la subordinación de la nueva diócesis como sufragánea de Toledo (como ya lo era también la recién reconquistada Córdo-

---

<sup>12</sup> En realidad, la construcción de la nueva sede primada había comenzado algo antes. En 1222 Jiménez de Rada consiguió la bula del papa Honorio III autorizando las obras, que comenzaron en 1224 o 1225, aunque la solemne ceremonia de la bendición de la primera piedra se demoró hasta 1226 o 1227, en presencia del arzobispo Jiménez de Rada y del nuevo rey de Castilla, Fernando III.



ba<sup>13</sup>). El papa Gregorio se lo otorgó provisionalmente, pero el arzobispo de Tarragona apeló y finalmente se hizo con la nueva diócesis valentina, que se incorporó como sufragánea a la tarraconense. Rada colaboró, empero, con Tarragona, en el arbitraje que se estipuló para la resolución del problema sucesorio producido tras la muerte del titular de Pamplona.

Falleció en Vienne en 1243, durante un viaje fluvial por el Ródano, cuando regresaba del primer Concilio de Lyon<sup>14</sup>. Su cuerpo fue embalsamado y finalmente sepultado en el monasterio cisterciense de Santa María de Huerta, del que había sido abad su tío, san Martín de Finojosa, tal como tenía dispuesto desde el 24 de abril de 1201, cuando aún era un joven teólogo en la universidad de La Sorbona. A este monasterio donó su biblioteca («damus omnes libros nosotros quos habemus monasterio de Orta»)<sup>15</sup> y en él se hizo enterrar.

### LA ICONOGRAFÍA DE UN LUGAR SIMBÓLICO: SAN ROMÁN DE TOLEDO

Llegado es el momento de hablar sobre la iglesia de San Román, uno de los templos más peculiares de Toledo. Carece de culto, ya que es desde hace cincuenta años sede del Mu-

---

<sup>13</sup> Había antecedentes que lo justificaban: cuando el Cid conquistó Valencia en 1094, convirtiéndola en un principado o señorío dependiente de Alfonso VI de León y Castilla, y creando un obispado que otorgó a Jerónimo de Perigord, aunque los mozárabes valencianos ya tenían su propio obispo. El señorío existió hasta 1102, cuando -ya fallecido el de Vivar tres años antes- doña Jimena y su corte se vieron obligados a abandonar Valencia, que fue de nuevo conquistada por los musulmanes. Al obispo don Jerónimo se le otorgó aquel mismo año un nuevo destino, la diócesis, recién restaurada, de Zamora, Salamanca y Ávila (tras su muerte, dieciocho años después, se dividió en tres diócesis independientes).

<sup>14</sup> El Primer Concilio Lugdunense fue convocado por el papa Inocencio IV para deponer y excomulgar al emperador Federico II. También se excomulgó a Sancho II de Portugal y se convocó la séptima cruzada, bajo cuyo mando se puso a Luis IX de Francia, futuro San Luis, quien sería derrotado y apresado en la misma, y fallecería en la octava.

<sup>15</sup> Por disposición del 3 de enero de 1235. Se conservan treinta y tres libros manuscritos de la misma en la Biblioteca Pública del Estado en Soria.

seo de los Concilios de Toledo y de la Cultura Visigótica. Se fundó bajo el patronazgo de san Román de Antioquía -como acertadamente indicó en su día el académico José Carlos Gómez-Menor<sup>16</sup>-, un mártir grecorromano del siglo III, aunque en el XVIII, por motivos desconocidos, se cambió la advocación por san Román abad o de Condat, un santo galorromano del siglo V, que conoció las invasiones bárbaras y los últimos tiempos del Imperio romano de Occidente<sup>17</sup>. Por su parte, san Román de Antioquía fue un diácono de la provincia romana de Siria que fue torturado y finalmente ejecutado durante las persecuciones a los cristianos que tuvieron lugar a comienzos del siglo IV, en época de Diocleciano y su yerno Galerio. Su hagiografía la cuenta Aurelio Clemente Prudencio, jurisperito, político y poeta hispanorromano. Para que no siguiese incitando a los paganos a la conversión al cristianismo e interrumpiendo con sus prédicas los sacrificios oficiales le fue amputada la lengua en 302, siendo enviado a prisión, en Antioquía. La leyenda cuenta que allí seguía predicando sin lengua (y consiguió la conversión del niño Várulas, que por ello fue martirizado). Finalmente, Román fue ejecutado el 17 de noviembre de 303, celebrándose su festividad el día siguiente, recordando su sepelio. Era tradición que en su parroquia toledana se conservaba la presunta lengua amputada del mártir.

---

<sup>16</sup> Citando a su vez al historiador toledano del Renacimiento Francisco de Pisa, autor de *Apuntamientos para la Segunda Parte de la Historia de Toledo*, ed. y revisión de J. C. Gómez-Menor Fuentes, Toledo, IPIET, 1976, p. 56.

<sup>17</sup> En 1705 se pintó y doró por Juan Ignacio de Montoya la imagen de san Román de Antioquía para la puerta principal, imagen que más adelante fue repintada como san Román Abad y trasladada al retablo mayor. Así lo contó Rafael Ramírez de Arellano en *Las parroquias de Toledo: nuevos datos referentes a estos Templos sacados de sus archivos*, Toledo, IPIET, 1997, p. 294. Citado a su vez por F. Marías Franco, «La capilla mayor de San Román de Toledo: ¿un templo de Zorobabel al romano?», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, n.º 74, 2008, pp. 89-112.



Nave central de la iglesia de San Román de Toledo. Fotografía: David Blázquez.

### EL «REY CHICO» Y SAN ROMÁN: DE LA LEYENDA A LA REALIDAD

La iglesia de San Román está ubicada en la segunda colina más alta de la ciudad, tras la del Alcázar<sup>18</sup>. Posee una bella torre mudéjar que, como casi todo en Toledo, cuenta con leyenda propia. Retrotraigámonos al siglo XII. En 1155 nació en Soria el pequeño Alfonso, hijo del infante Sancho el Deseado y de la infanta navarra Blanca Garcés. Al pequeño se le puso el mismo nombre de su abuelo, Alfonso VII el Emperador, rey de León, Castilla y Galicia, cuya muerte dos años después combatiendo a los almohades puso a su hijo (el toledano Sancho) en el trono castellano, con el ordinal de Sancho III. Pero no reinaría más que unos meses. En 1158 falleció en Toledo, la ciudad que le vio nacer, y este fallecimiento llevó a su hijo, el pequeño Alfonso, a ser rey (el octavo de su nombre) con sólo con tres años de edad (lo que le valdría el apelativo de «el rey chico»). Quedaría bajo tutela de quien también había criado a su padre, Gutierre Fernández de Castro, que se hizo con la regencia. Pronto estalló una guerra civil encubierta entre la casa de Castro y la Casa de Lara, ya que Manrique Pérez de Lara reclamaba también la tutela del niño, «el rey chico», como se le conocía.

Los continuos enfrentamientos, con muertos en ambos bandos, entre los Castro y los Lara, acabaron en 1166 cuando un regidor de Toledo, el mozárabe Esteban Illán, secuestró al rey niño del castillo de Maqueda, donde se encontraba

---

<sup>18</sup> Por eso se levantaron allí en 1863 (sobre el antiguo cementerio del vecino convento dominico de San Pedro Mártir) los depósitos municipales de agua potable, hasta que fueron sustituidos por los actuales, en el Cerro de los Palos, y demolidos al finalizar los años setenta del pasado siglo. Quedó libre una pequeña plaza (despejándose la fachada mudéjar de la Casa de Mesa, sede que fue de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas), plaza en la cual, años más tarde, se erigió un monumento a Garcilaso de la Vega, vecino del barrio, cuya escultura sepulcral se encuentra en la vecina iglesia conventual de San Pedro Mártir el Real, de la orden de Predicadores, cedida en 1993 a la Universidad de Castilla-La Mancha.

bajo la tutela de los Castro y lo trajo a Toledo, escondiéndolo en la torre de San Román -un templo que había sido mezquita y antes aún, iglesia visigoda-, cuya restauración él mismo había pagado. Aunque probablemente estuviera en su propia vivienda, la hoy denominada Casa de Mesa, frontera a la iglesia. El 26 de agosto se hicieron ondear las rojas (que no moradas) banderas de Castilla, sonó la trompetería convocando al pueblo bajo la torre y don Esteban proclamó mayor de edad a Alfonso VIII con los gritos de rigor: «¡Toledo, Toledo, Toledo, por el rey don Alonso Octavo!». De esta manera, en la torre de San Román y merced a un mozárabe toledano, acabaron en Castilla los enfrentamientos y las banderías, comenzando el reinado del futuro vencedor de Las Navas de Tolosa. Para perpetuar la memoria de don Esteban Illán, que por su intervención fue nombrado alcalde perpetuo de la ciudad, se le representó gallardo, montado a caballo, en una bóveda de la girola de la catedral, donde aún hoy le vemos. No solo hemos de citar la torre como protagonista de tradiciones legendarias. La iglesia fue mezquita, y antes aún, como muchas otras, había sido iglesia. Sixto Ramón Parro cuenta en su *Toledo en la mano* que era tradición que aquí fue bautizado ni más ni menos que san Ildefonso, el santo visigodo patrón de Toledo, el cual habría nacido en una casa vecina, casa que sería comprada por los Jesuitas para derribarla y construir en su solar una iglesia dedicada al santo patrono.

Hasta aquí la leyenda. La realidad nos baja al suelo: La torre donde Alfonso VIII fue proclamado rey en 1166 no pudo ser la actual porque su estructura es del siglo XIII. Esteban Illán no intervino altruistamente, sino para llevar el agua a su molino, ya que era partidario de los Lara. Los Castro no cedieron de grado el gobierno de la ciudad, sino que

acudieron con sus parciales a combatir a los realistas y [...] habiendo peleado con sangriento empeño unos y otros en los al-

rededores de San Román, vencieron los del rey, huyeron los ambiciosos gobernadores a encerrarse en Huete, y don Alonso [...] quedó ya asegurado en su trono y declarado mayor de edad para bien de sus vasallos y de la Cristiandad entera<sup>19</sup>.

Pero como tenía once años, podemos deducir que pasó de estar bajo la tutela de una familia a estarlo bajo la tutela de otra y que no comenzaría su reinado efectivo hasta algunos años después.

Sobre el fresco que hoy vemos en la catedral hay que aclarar que no es el original del siglo XII, sino una copia del XVIII. Eso sí, la torre de San Román actual reaprovecha la estructura de otra más antigua -el alminar árabe que se dice restauró Esteban Illán-, y cierto es que la pintura de la catedral se hizo en su sitio actual reproduciendo la antigua, que debió destruirse para construir el Transparente. En lo que se refiere al presunto bautizo aquí de san Ildefonso, Parro se asombra de que él mismo no la citase entre las iglesias existentes en su tiempo. No obstante, bajo la cabecera actual se encuentra una cripta (lamentablemente hoy clausurada) que, según el arquitecto que restauró el templo en 1968, se corresponde con una construcción visigoda, tal vez el antiguo ábside (sería un caso similar a la cripta de San Antolín de Palencia), como visigodos son algunos capiteles de los que sustentan sus arcos. Y no es el único edificio visigodo de la zona. A la vuelta de la esquina, prácticamente, se hallaba la iglesia de Todos los Santos (Omniun Sanctorum), cuyos restos están hoy soterrados bajo la que desde 1903 hasta 2011 fue residencia de los Jesuitas, frente al antiguo convento de dominicas de Madre de Dios.

---

<sup>19</sup> S. Ramón Parro, *Toledo en la mano o descripción histórico-artística de la magnífica catedral y de los demás célebres monumentos*, Toledo, Imprenta y librería de Severiano López Fando, 1857, pp. 236-237.

No es de extrañar que esta presunta iglesia visigoda de San Román luego fuese mezquita, estando documentado que en 1572 se retiraron dos lápidas sepulcrales musulmanas, y probablemente fue su alminar la torre anterior a la actual, precisamente aquella en la que fue proclamado «el rey chico». Desconocemos exactamente durante cuánto tiempo se mantuvo con culto islámico tras la Reconquista de la ciudad y si volvió a ser iglesia cristiana antes de las obras que le dieron la forma que hoy vemos, en el siglo XIII. Lo que es verdad es que, a causa de esta tradición, la iglesia de San Román conserva la memoria de Alfonso VIII, tataranieta de Alfonso VI, el reconquistador de Toledo. Y la del caballero mozárabe Esteban Illán, que allí fue sepultado.

### LAS PINTURAS

Nada más entrar, el templo traslada al visitante a la plena Edad Media, porque, excepto la cabecera, que se rehízo en estilo plateresco en el siglo XVI, sus tres naves están tal cual se diseñaron: cuajadas de maravillosas pinturas. Para unos son tardorrománicas y para otros protogóticas, aunque deberíamos decir más concretamente cristiano-mudéjares, ya que son una síntesis de dos culturas, la cristiana y la hispanomusulmana, en ese siglo de transición que estaba viendo morir al Románico a la vez que veía nacer el Gótico. Una joya, de lo poco que nos queda de pintura mural medieval. Habían sido tapadas en el Renacimiento, probablemente cuando se rehízo la cabecera con el aspecto que hoy vemos. Y tapadas permanecieron hasta el siglo XX. En 1921, Rafael Ramírez de Arellano descubrió casualmente su existencia<sup>20</sup>. Lamentablemente, al quitarse el yeso a piqueta, quedaron sus mar-

---

<sup>20</sup> Rafael Ramírez de Arellano y Díaz de Morales (1854-1921). Escritor, historiador y funcionario del Estado. Cofundador en 1916, y primer director, de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

cas. En 1940-1941 se hizo una primera restauración, bajo la dirección de Emilio Moya<sup>21</sup>, en la que se eliminaron añadidos y se limpiaron y consolidaron las pinturas. Y entre 1965 y 1970 el antiguo Instituto de Conservación y Restauración de Obras de Arte (ICROA)<sup>22</sup> procedió a una nueva restauración previa a la apertura del templo como Museo de los Concilios y de la Cultura Visigótica<sup>23</sup>.

Son un fascinante conjunto pictórico, dada la escasez de casos similares en toda la corona de Castilla, en palabras de la restauradora Ana Monereo. Podemos distinguir dos estilos diferenciados: cristianos algunos e hispanomusulmanes o mudéjares otros, no estando claro si se trató de dos maestros o de dos escuelas que colaboraron en el conjunto de pinturas que cubren arcos y muros, tanto en los pies del templo como en las naves laterales, aunque actualmente se piensa que todo se hizo a la vez, quizá por un único equipo de artistas.

Pero volvamos al siglo XIII. Habíamos dejado al arzobispo mandando empezar la reforma de la iglesia, ya citada con el mismo nombre en un documento de 1125, es decir, cuarenta años después de la Reconquista de Toledo. La intervención concluyó, como se ha dicho anteriormente, en 1221, siendo consagrada por Jiménez de Rada el domingo 20 de junio. Las pinturas evidencian un conglomerado cultural y religioso, pero también poseen un gran simbolismo a

---

<sup>21</sup> Emilio Moya Lledós (1895-1943). Arquitecto y restaurador, uno de los expertos nombrados en 1929 con la misión de proteger y conservar el patrimonio artístico Español. A partir de la Ley sobre Conservación del Tesoro Artístico, España se dividió en seis zonas, cada una al cargo de un arquitecto conservador: los otros cinco fueron Alejandro Ferrant, Teodoro Ríos, Jerónimo Martorell, Pablo Gutiérrez y Leopoldo Torres Balbás.

<sup>22</sup> Posteriormente Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales (ICRBC), después Instituto de Patrimonio Histórico Español (IPHE) y actualmente Instituto de Patrimonio Cultural de España (IPCE).

<sup>23</sup> Creado por Decreto de 24 de abril de 1969 (aunque no se inauguró hasta el 24 de abril de 1971).



través de su iconografía, ya que representan el poder del rey Alfonso VIII y del propio primado, que promovió la cruzada contra los almohades tras haber conseguido que todos los reyes cristianos de la península ibérica firmasen la paz. Conozcamos los antecedentes: El papa Inocencio III llevaba años animando a los reinos hispanos a continuar la Reconquista contra los sarracenos. Había que vengar el desastre sufrido en la batalla de Alarcos, poco antes, en 1195, cuando el califa almohade, Yusuf II, derrotó ampliamente a las tropas castellanas, subió la línea de la frontera hacia el norte y casi apresó al propio rey, Alfonso VIII, que fue sacado de la batalla a ña de caballo, contra su voluntad, para salvarle.

Pero pasaron diecisiete años y el rey Alfonso se rehízo. Yusuf II regresó a África, y allí falleció. El imperio almohade lo dirigía Muhammad an-Nasir, llamado el Miramamolín, y por fin llegó el momento de la revancha. Alfonso VIII de Castilla firmó una alianza con Sancho VII de Navarra, Pedro II de Aragón y Alfonso II de Portugal (que envió tropas, pero no participó en la batalla). El papa Inocencio III llamó a la cruzada, y acudieron voluntarios ultramontanos, así como los ejércitos de las órdenes de caballería del Temple, hospitalarios, santiaguistas, calatravos y lazaristas. Lo que sigue es historia: julio de 1212. Llegados a Las Navas, en tierras de Jaén, se enfrentaron los aliados cristianos, unos 70.000 efectivos, contra 125.000 almohades. La vanguardia cristiana, liderada por el vizcaíno Diego López de Haro, deshizo la primera línea enemiga, pero quedó frenada por la segunda. La segunda oleada cristiana fue también detenida, pero cuando la situación comenzaba a ser crítica, se produjo la famosa «Carga de los Tres Reyes». Nuestro Alfonso VIII le dijo a Jiménez de Rada la famosa frase «aquí, señor obispo, morimos todos», arengó a sus tropas y se metió de cabeza en la batalla. Pedro de Aragón y Sancho de Navarra, viéndole, hicieron lo propio.

Las tropas cristianas sacaron fuerzas de flaqueza, viendo la carga de sus soberanos, y acabaron derrotando ampliamente a los sarracenos. El ejército del Miramamolín se desintegró. 90.000 bajas, frente a 2.000 de cristianos. Fue el principio del fin de la dominación musulmana en tierras hispánicas. La frontera bajó desde la línea del Tajo hasta Baeza, y los reinos cristianos dejaron de pelear entre sí para hacerlo contra el enemigo común. Alfonso VIII falleció dos años después, con la satisfacción del deber cumplido, habiendo dejado puestas las bases para el derrumbe de los almohades.

Pocos años después las dinastías locales africanas también comenzaron a guerrear contra ellos, y en al-Andalus cayeron las grandes ciudades del Islam andalusí: Córdoba y Sevilla fueron reconquistadas por Castilla, y Valencia lo fue por Aragón. Solo quedó Granada, en manos de los nazaríes, una dinastía local que también se había rebelado contra los almohades. La batalla de Las Navas de Tolosa marcó la frontera espaciotemporal, fue un antes y un después.

Habrá quien se pregunte: ¿qué tiene que ver la batalla de Las Navas de Tolosa con la iglesia de San Román de Toledo y sus pinturas murales? En realidad, mucho. Porque la iglesia de San Román se erigió en su forma actual para conmemorar aquella batalla. El arzobispo Jiménez de Rada, que había participado personalmente en ella junto al rey Alfonso VIII, quiso perpetuarla para la posteridad por medio de un templo que simbolizase la cruzada que los cristianos mantuvieron, y seguían manteniendo, para recuperar el reino de sus antepasados visigodos y para vencer al Islam, que había declarado la *yihad* o guerra santa contra los cristianos. El lugar se eligió cuidadosamente: San Román, que había sido templo visigodo y luego mezquita, y se había recuperado para el culto cristiano. Además, tenía un gran simbolismo político porque el vencedor de Las Navas fue proclamado rey en su torre.

Alfonso VIII sería sucedido por su hijo Enrique I, un niño de diez años, que quedó bajo la regencia de su hermana mayor, Berenguela I, casada con Alfonso IX de León. Fallecido Enrique en accidente a los trece años, Berenguela cedió la corona a su hijo Fernando, que sería Fernando III el Santo (nieto de Alfonso VIII y futuro padre de nuestro Alfonso X el Sabio), bajo cuyo reinado se terminaron finalmente las obras de San Román, que se consagró solemnemente en 1221 por el arzobispo, Rodrigo Jiménez de Rada, su promotor, que aún vivía. Vivió veintidós años más.

El ábside original debió ser semicircular, con ventanas abocinadas al exterior, aunque no lo sabemos seguro, ya que se rehizo en gótico plateresco en el siglo XVI. Pero el resto está igual que cuando se consagró: posee tres naves, sobre pilares que sostienen arcos de herradura, con columnillas de mármol y capiteles visigodos reaprovechados. Existen discrepancias acerca de las fases constructivas entre diferentes expertos, como Leopoldo Torres Balbás<sup>24</sup> y Teresa Pérez Higuera<sup>25</sup>, pero está claro que hubo un proyecto en el siglo XIII que sustituía a otro edificio más antiguo. La techumbre es plana, de madera, y posteriormente se le añadieron unas capillas laterales a la nave de la epístola (la derecha mirando hacia el altar), los pies y la torre actual. Todos los muros del templo se hallan cubiertos por pinturas que podríamos calificar de comienzos del gótico. Un estilo narrativo, naturalista, algo torpe, tal vez, pero impresiona a quien las ve por vez primera. Parte de las mismas se cubrieron con retablos en el

---

<sup>24</sup> Leopoldo Torres Balbás (1888-1960). Arquitecto y arqueólogo, considerado uno de los padres de la restauración monumental española.

<sup>25</sup> Teresa Pérez Higuera, catedrática de Historia del Arte, experta en arte medieval, cristiano y mudéjar. Autora, entre otras obras, de *Paseos por el Toledo del siglo XIII*, editado por el Ministerio de Cultura en 1984, con motivo del VII Centenario de la muerte del rey Sabio.

siglo XIV, y todas ellas se revocaron en el XVI, probablemente cuando se edificó la cabecera actual.

Tradicionalmente se desconocía el significado global de las pinturas de San Román. En fecha tan reciente como 1991, el Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha publicaba una obra magna sobre *Arquitecturas de Toledo* que, en el capítulo dedicado a esta iglesia, decía «resulta imposible reconstruir el programa iconográfico»<sup>26</sup>. Sin embargo, recientemente ha sido averiguada la simbología completa por un equipo de historiadores y restauradores encabezado por Carmen Rallo Gruss y Ana Monereo Megías, equipo que aún no parece haber visto publicado el resultado de sus investigaciones pese a que el informe se presentó en el Ministerio de Cultura en 2002. Ambas, sin embargo, adelantaron sus contenidos como primicia en una magnífica conferencia pronunciada en la Real Fundación de Toledo en 2010. El programa iconográfico de San Román representa el Apocalipsis de san Juan, capítulo a capítulo.

### EL LIBRO DE LAS REVELACIONES

El Apocalipsis es el último libro del Nuevo Testamento, por lo que, con él, acaba la Biblia. Se atribuye a san Juan Evangelista, ya que lo firma un tal Juan, siervo de Jesucristo<sup>27</sup>. Sin embargo, hay quien sugiere, por motivos estilísticos, que no fue obra de Juan el Apóstol (el hijo de Zebedeo y hermano de Santiago el Mayor, pescadores galileos llamados ambos *Bonaerges*, «los hijos del trueno o tempestuosos»), sino de otro discípulo que no formaba parte de los doce apóstoles llamado Juan el Sacerdote o el Presbítero, un

---

<sup>26</sup> VV.AA., *Arquitecturas de Toledo*, Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Servicio de Publicaciones, 1991, 2 vol.

<sup>27</sup> El primero que identificó al *Juan* autor del Apocalipsis con el apóstol san Juan el de Zebedeo fue san Justino Mártir, también conocido como Justino el Filósofo, en el siglo II, en su *Diálogo con Trifón*.

judío miembro de la clase sacerdotal de Jerusalén que formó parte del grupo de los primeros cristianos<sup>28</sup>. Hay quien se lo atribuye a Juan el Anciano<sup>29</sup>, que suele ser identificado con Juan el Sacerdote (ya que los términos sacerdote y presbítero en el cristianismo son sinónimos, y presbítero viene del griego *πρεσβύτερος*, que literalmente significa «más anciano»), pero tampoco hay unanimidad a este respecto. Algunos autores, como el biblista británico Hugh J. Schonfield, afirman que Juan el Anciano fue un griego que sería discípulo de Juan el Sacerdote<sup>30</sup>. San Jerónimo, padre de la Igle-

---

<sup>28</sup> Así lo planteó en su momento Dionisio el Grande, patriarca de Alejandría, fallecido en 264, basándose en notables diferencias estilísticas y, tal vez, en otras fuentes. Parece haber unanimidad en que Juan el Sacerdote formó parte del grupo de los primeros discípulos de Jesús, habiendo sido antes discípulo de Juan el Bautista, lo que puede relacionarle en su juventud con el movimiento esenio. Sería él la persona que se identifica como «el discípulo amado» y no Juan el de Zebedeo, el pescador, aunque tampoco hay unanimidad en esto. Otros identifican al «discípulo amado» con Juan Marcos (al que a su vez se identifica con san Marcos evangelista) o con Lázaro de Betania.

<sup>29</sup> Sobre Juan el Anciano da noticias Papías de Hierápolis (siglo II), cuya obra perdida *Explicación de las sentencias del Señor* es citada a su vez por Eusebio de Cesarea (III-IV) en su *Historia Eclesiástica*: En su libro III, cap. 39, se puede leer: «[...] yo trataba de discernir los discursos de los ancianos: qué había dicho Andrés, qué Pedro, qué Felipe, qué Tomás o Santiago, o qué Juan, o Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor; igualmente, lo que dice Aristión y el anciano Juan, discípulos del Señor [...]». A continuación, Eusebio de Cesarea menciona la existencia en Éfeso de las tumbas de dos Juanes diferentes: «[...] por estos dichos se comprueba la verdad de la historia de los que dicen que en Asia hubo dos personas que llevaron el mismo nombre de Juan, que en Éfeso hay dos sepulcros, y que todavía se dice que ambos son de Juan [...]». Véase Eusebio de Cesarea, *Historia Ecclesiae*, vol. III, 39, 4-7.

<sup>30</sup> «Es evidente que todo ese material [...] fue compuesto por un griego cristiano, y [...] a él se debe también la redacción de la primera Carta de Juan (Juan el Anciano). Este Juan aún vivía hacia el año 140 d.C. [...] Esta fecha es claramente demasiado tardía para que siguiera en vida cualquier discípulo inmediato de Jesús [...] Tanto en Jn. 19,35 como en Jn. 19,24 el redactor del texto, el griego Juan el Anciano, se diferencia claramente a sí mismo de la persona que es la fuente de su historia y testigo de los hechos anotados, eso es, el judío Juan el Sacerdote». Vid. H. J. Schonfield, *El Nuevo Testamento original*, Barcelona, Martínez Roca, 1990, pp. 395-397.

sia, en su *De viris illustribus*, y también el papa san Gelasio I, en su *Decretum Gelasianum*, atribuyen a Juan el Presbítero la Segunda y la Tercera epístolas de san Juan, y probablemente también sea el autor de la Primera. Para acabarlo de complicar, hay especialistas, como el antedicho Schonfield, que piensan que este Juan el Anciano, además de autor de las Epístolas, fue también el autor del Evangelio de san Juan, basándose en las memorias y en textos perdidos de su maestro Juan el Sacerdote, con lo que se daría la paradoja de que ninguno de los textos que se atribuyen tradicionalmente a Juan el Apóstol, el hijo de Zebedeo (y que son el Evangelio de san Juan, sus tres epístolas y el Apocalipsis), estaría escrito por él (algo comprensible si suponemos que era un humilde pescador de Galilea, con escasa formación), sino que se los deberíamos a dos intelectuales que se llamaban como él: Juan el Sacerdote (que formó también parte del grupo de los primeros discípulos de Jesús, pero no era uno de los doce apóstoles) y su discípulo, Juan el Anciano.

El debate continúa abierto. Hoy por hoy no sabemos con certeza si el llamado -según las fuentes- Juan el Sacerdote, Juan el Presbítero y Juan el Anciano son una sola persona o dos, y quién o quiénes escribieron los distintos libros que se atribuyen a Juan el Apóstol.

Dejando aparte el problema de la autoría real del Apocalipsis, aclaremos la temática del libro. También se conoce como *Libro de las Revelaciones*, y tiene cuatro partes. Una introducción en la que el autor escribe a las siete iglesias de Asia (Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea), una segunda en la que habla del cordero (alegoría de Cristo) de los siete sellos que se van abriendo, y de los ángeles que van tocando trompetas (parte que narra una serie de cataclismos previos al Juicio Final), una tercera parte que habla del dragón, símbolo del mal, y una cuarta, que tra-

ta de la Nueva Jerusalén, la esperanza que ha de venir cuando Dios habite entre los hombres.

Un libro profético lleno de simbolismos y muy difícil de interpretar. Sin embargo, en él, según Rallo y Monereo, se inspira el programa iconográfico de este templo. Las partes principales del libro del Apocalipsis están representadas en las pinturas murales de San Román, como ahora veremos. Se supone que en la cabecera hubo otro arco que representaba a Cristo en Majestad. En los arcos que separan las naves se pueden ver los evangelistas, representados como en las miniaturas de estilo carolingio, y a la derecha san Juan Evangelista, autor del Apocalipsis. Abajo vemos a san Eugenio, obispo de Toledo, a san Isidoro, que mandó leer el Apocalipsis en el Concilio de Toledo, a san Gregorio y -cómo no- al propio san Ildefonso, patrón de Toledo<sup>31</sup>.

En los intradoses de los arcos (la rosca interior de los mismos) vemos a diversos santos (como san Nicolás) y diáconos. Si empezamos nuestro recorrido por la nave de la epístola (la de la derecha mirando hacia el altar), veremos una gran pintura mural que representa la resurrección de los muertos. La muerte, democratizadora, iguala a todo tipo de personas (jóvenes, ancianos, hombres, mujeres) y a todas las clases sociales. Tres ángeles tocan trompetas y despiertan a los difuntos, sarcófagos que se abren, muertos en diferentes posturas, dos clérigos tonsurados... Pintura muy descriptiva, que se corresponde con el capítulo 20 del Apocalipsis.

12. Vi a los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante del trono; y fueron abiertos los libros, y fue abierto otro libro que es el libro de la vida. Fueron juzgados los muertos según

---

<sup>31</sup> Recordemos que, según la tradición, san Ildefonso nació en este barrio, en una casa que estaba donde hoy se alza la iglesia de su nombre, o de los Jesuitas, y habría sido bautizado en esta misma iglesia de San Román (es decir, en la iglesia visigoda que la precedió).

sus obras, según las obras que estaban escritas en los libros. 13. Entregó el mar los muertos que tenía en su seno, y asimismo el infierno y la muerte entregaron los que tenían, y fueron juzgados cada uno según sus obras.

Alrededor del arco de herradura que da acceso a una de las capillas laterales vemos una pintura en dos franjas horizontales sobre fondo rojo. En la inferior, tres santos obispos, y en la superior, los tres evangelistas sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas), representados como las figuras del tetramorfos. Faltaría el otro evangelista, san Juan, que ya aparece representado en la cabecera. Es, cómo no, otro pasaje del Apocalipsis. En el capítulo 4, se nos dice:

2. Al instante fui arrebatado en espíritu, y vi un trono colocado en medio del cielo, y sobre el trono, uno sentado [...] 6. Delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal, y en medio del trono y en derredor de él, cuatro vivientes, llenos de ojos por delante y por detrás. 7. El primer viviente era semejante a un león; el segundo viviente, semejante a un toro; el tercero tenía semblante como de hombre, y el cuarto era semejante a un águila voladora.

El viviente semejante al león se asocia con san Marcos, el que semeja a un toro, con san Lucas, el que es como de hombre con san Mateo, y el águila sería el propio san Juan. Es esta representación que vemos en San Román más que curiosa, ya que mezcla las figuras de la descripción del Apocalipsis, aladas y con cabezas de diferentes seres vivos, con la postura realista de los evangelistas, sentados en pupitres y escribiendo. Normalmente se adopta una u otra forma, pero en este caso se han juntado.

En la siguiente escena, a los pies de la nave, muy borrosa, vemos a la Virgen María, y en el arco siguiente aparecen Eva, la primera mujer, junto al árbol del Paraíso, y la Virgen Ma-



ría, la nueva Eva. La primera es la causa del pecado original, y la segunda, la causa de la redención del mismo, a través de su Hijo. No es un tema que aparezca en el Apocalipsis, salvo que identifiquemos a María con la mujer que en el capítulo 21 va a parir un varón, que apacentará a todas las naciones y será arrebatado al Trono de Dios. De hecho, en dicho capítulo la mujer es descrita con una iconografía que luego pasará a las representaciones marianas (y más concretamente, a la Inmaculada Concepción). Una mujer con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas. En este caso, María viste una túnica roja y va cubierta con un manto azul, semejante al que más adelante adoptarían las monjas concepcionistas. Eva va desnuda, cubriéndose los genitales con las manos, lo que nos indica que ya ha pecado, porque siente pudor.

En la nave central, a sus pies, vemos un muro dividido en tres franjas horizontales. La inferior no tuvo pinturas o se han perdido, y posee una puerta de acceso enmarcada por yeserías, hoy cegada. En la franja central se ve un arco mudéjar, polilobulado, con una celosía y una inscripción islámica en el alfiz. A su izquierda y su derecha, dos filas dobles con seis personajes, en apariencia santos. Veinticuatro en total. Es otra escena apocalíptica. En el capítulo 4, versículo 4, leemos: «Alrededor del trono había veinticuatro tronos, y en los tronos vi sentados a veinticuatro ancianos vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas». Estos ancianos representan a los vencedores fieles de la Iglesia. Las ropas blancas representan la pureza y las coronas muestran la victoria y el gozo que hemos alcanzado, no específicamente autoridad política o religiosa<sup>32</sup>. Otra interpretación es que en origen representaron a los ángeles custodios del tiem-

---

<sup>32</sup> D. A. Ureña, «¿Quiénes son los veinticuatro ancianos del Apocalipsis?», *Ministerios antes del fin*, Caracas, Asoc. CRS, s.f.

po<sup>33</sup>, y la más común es que es un símbolo que aúna el Antiguo Testamento y el Nuevo, agregando los patriarcas de las doce tribus de Israel a los doce apóstoles. En total, veinticuatro personajes<sup>34</sup>. Tras ellos asoman dos árboles, simbolizando los del Paraíso, con la inscripción «EDEM» (Edén). En la franja superior, flanqueando dos ventanas, los profetas Isaías y Jeremías.

En la nave del evangelio (la izquierda según se mira hacia el altar) se ve, a los pies, un dragón y restos de un ángel (cortado por una ventana), con un fondo de estrellas. Es otro fragmento del Apocalipsis. En el capítulo 12 leemos

1. Apareció en el cielo una señal grande, una mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre la cabeza, una corona de doce estrellas. 2. Y estando encinta, gritaba con los dolores del parto y las ansias de parir 3. Apareció en el cielo otra señal, y vi un gran dragón de color de fuego [...] 4. Con su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó a la tierra. Se paró el dragón delante de la mujer que estaba a punto de parir, para tragarse a su hijo en cuanto le pariese. 5. Parió un varón, que ha de apacentar a todas las naciones con vara de hierro, pero el hijo fue arrebatado a Dios y a su Trono [...] 7. Hubo una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón. Y peleó el dragón y sus ángeles. 8. Y no pudieron triunfar ni fue hallado su lugar en el cielo. 9. Fue arrojado el dragón grande, la antigua serpiente, llamada Diablo y Satanás [...] y fue precipitado en la tierra, y sus ángeles fueron con él precipitados.

---

<sup>33</sup> J. Eslava Galán, *El Catolicismo explicado a las ovejas*, Barcelona, Planeta, 2010, p. 286. Del mismo autor, sobre simbología, véase *La madre del Cordero: curiosidades y secretos de la simbología cristiana*, Barcelona, Planeta, 2017.

<sup>34</sup> Hay muchas y muy buenas obras sobre iconografía del arte cristiano para ampliar información sobre los -a veces complejos- significados del arte religioso. Vid. L. Monreal Tejada, *Iconografía del Cristianismo*, Barcelona, Acanalado, 2000.



Pinturas a los pies de la iglesia de San Román. Fotografía: David Blázquez.

### EL DRAGÓN DE FUEGO Y LA JERUSALÉN CELESTIAL

La Iglesia católica hoy hace la siguiente interpretación, según consta en la versión de los padres Eloíno Nácar y Alberto Colunga: la mujer perseguida representa a la Iglesia primitiva, a la comunidad teocrática, que da a luz a la primera generación de cristianos, a punto de ser devorada por la persecución desatada por Roma contra los cristianos. El varón nacido también representa al Mesías, que redime a los hijos de Israel. Es el aviso de la llegada de la salvación<sup>35</sup>.

Pero en este caso concreto, representado en plena Reconquista, el dragón rojo, o de fuego, no simbolizaría la ya remota persecución del Imperio romano, sino que se asociaría al Islam, que derrotó a los cristianos en Alarcos, aunque acabó siendo vencido en Las Navas de Tolosa. Un símbolo claramente político creado por el arzobispo Jiménez de Rada para dejar claro quién era el enemigo a combatir en la iglesia levantada para perpetuar la memoria del rey que allí fue proclamado y que venció a los enemigos de la Cristiandad.

En el interior de un arco cegado a los pies de la nave del evangelio vemos dos ángeles turiferarios (portadores de incensarios). Es otra escena del Apocalipsis, capítulo 8.

2. Vi siete ángeles que estaban en pie delante de Dios, a los cuales fueron dadas siete trompetas. 3. Llegó otro ángel, y púsose en pie junto al altar con un incensario de oro, y fuéronle dados muchos perfumes para unirlos a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que está delante del trono. 4. El humo de los perfumes subió, con las oraciones de los santos, de la mano del ángel a la presencia de Dios.

---

<sup>35</sup> E. Nácar Fuster y A. Colunga Cueto, O. P. «Notas al Apocalipsis», en *Sagrada Biblia: versión directa de las lenguas originales*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1981, pp. 1597-1598.

Más adelante los ángeles van tocando las trompetas y se produce una serie de catástrofes apocalípticas (nunca mejor dicho) hasta la llegada del séptimo, en el capítulo 10:

[...] no habrá más tiempo. 7. Sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él suene la trompeta, se cumplirá el misterio de Dios, como Él lo anunció a sus siervos los profetas.

Siguiendo nuestro camino observamos una pared con fondo rojo, muy deteriorada. Representaba otro pasaje apocalíptico, el que nos muestra la Jerusalén Celestial. En el capítulo 21 se puede leer:

9. Vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y habló conmigo y me dijo: Ven y te mostraré la novia, la esposa del Cordero. 10. Me llevó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo, de parte de Dios, que tenía la gloria de Dios. 11. Su brillo era semejante a la piedra más preciosa, como la piedra de jaspe pulimentado. 12. Tenía un muro grande y alto y doce puertas, y sobre las doce puertas doce ángeles y nombres escritos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. 13. De la parte de oriente, tres puertas; de la parte del norte, tres puertas; de la parte del mediodía, tres puertas, y de la parte del poniente, tres puertas. 14. El muro de la ciudad tenía doce hiladas, y sobre ellas los nombres de los doce apóstoles del Cordero [...] 18. Su muro era de jaspe, y la ciudad oro puro, semejante al vidrio puro. 19. Y las hiladas del muro de la ciudad eran de todo género de piedras preciosas: la primera, de jaspe; la segunda, de zafiro; la tercera, de calcedonia; la cuarta de esmeralda. 20. La quinta de sardónica; la sexta de cornalina; la séptima de crisólito; la octava de berilo; la novena de topacio; la décima de crisoprasa, la undécima de jacinto y la duodécima de amatista. 21. Las doce puertas eran doce perlas, cada una de las puertas era de una perla. Y la plaza de

la ciudad era de oro puro, como vidrio transparente. 22. Pero templo no vi en ella, pues el Señor, Dios todopoderoso, con el Cordero, era su templo. 23. La ciudad no había menester de sol ni de luna que la iluminasen, porque la gloria de Dios la iluminaba, y su lumbrera era el Cordero. 24. A su luz caminarán las naciones, y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria.

También se habla de la ciudad de Dios en otro pasaje: el capítulo 11, versículo 19:

Y se abrió el Santuario de Dios en el cielo, y apareció el arca de su alianza en el Santuario, y se produjeron relámpagos, y fragor, y truenos, y temblor de tierra y fuerte granizada.

Lamentablemente, la representación de cómo los artistas contratados por Jiménez de Rada veían la Jerusalén celestial y el arca de la alianza en su santuario no ha llegado hasta nosotros. Nos queda la silueta, aunque hay representaciones medievales de la ciudad de Dios en ejemplares de la Biblia, ricos en ilustraciones miniadas.

A su lado se puede ver un san Cristóbal de Licia, muy deteriorado, en su representación tradicional. Cristóbal, según la *Leyenda Aurea* del franciscano Santiago de la Vorágine, era un gigantón que buscaba servir al rey más poderoso del mundo y alistarse en sus tropas. Un ermitaño le dijo que dicho rey era Cristo y que se le servía orando y ayunando. Pero como Cristóbal no era hombre de ayunos, el ermitaño le propuso un trabajo acorde a sus posibilidades, transportar a cuestas a los caminantes que quisieran vadear un peligroso río próximo. Cristóbal así lo hizo, hasta que un niño le pidió ayuda para pasar al otro lado. «De pronto, el nivel del cauce comenzó a subir incesantemente y al mismo tiempo a aumentar el peso del niño cual si su cuerpo dejase

de ser de carne y se tornase de plomo [...]». Llegados al fin a la otra orilla el niño le dijo:

[...] no te extrañe que hayas sentido ese peso porque, como muy bien has dicho, sobre tus hombros acarreabas al mundo entero y al creador de ese mundo. Yo soy Cristo, tu rey [...] Voy a darte una prueba [...] cuando pases de nuevo la corriente [...] hinca en el suelo el varal que utilizas para atravesar el río; mañana, cuando te levantes, el varal estará verde y lleno de frutos [...] Al día siguiente al salir de su cabaña comprobó que el varal se había transformado en una frondosa palmera cuajada de dátiles [...]

En esta pintura vemos al santo llevando sobre el hombro al niño Jesús, mientras cruzan el río. Se apoya no en un cayado, sino en una palmera, ya que el artista nos cuenta en una imagen las dos escenas. No es un tema del Apocalipsis, pero no es raro verlo aquí representado<sup>36</sup>.

Sobre la puerta principal, un Cristo Pantocrátor, entre los símbolos de los evangelistas. Pantocrátor («todopoderoso») es un término griego que originariamente se aplicaba al dios Zeus, padre de los dioses olímpicos, pero que luego pasó al dios cristiano. Se utiliza para referirse a Cristo en forma ma-

---

<sup>36</sup> Recordemos que en la Edad Media existía la tradición de que quien viera una imagen de san Cristóbal no fallecería ese día de muerte súbita. Por eso se le representaba de gran tamaño en pinturas murales -de ahí el apodo de «San Cristóbalón»-, para que peregrinos y fieles pudiesen verlo sin problema alguno, nada más entrar en el templo. En Toledo lo podemos ver también en la Catedral, pintado en 1638 por Gabriel de Rueda y restaurado hace algunos años, y en la iglesia de San Andrés (muy deteriorado). Es el patrón de transportistas, viajeros y automovilistas. J. de la Vorágine, *La leyenda dorada*, Madrid, Alianza, 1982, vol. 1, pp. 405-409. Véase también, C. García-Hidalgo Villena, «San Cristóbal, una historia de gigantes, peregrinos y la muerte súbita», en *Cipripedia*, 10-07-2018 (disponible en la web <https://cipripedia.com/2018/07/10/san-cristobal-una-historia-de-gigantes-peregrinos-y-la-muerte-subita/>).

yestática, entronizado, con la mano diestra en actitud de bendecir y sosteniendo en la siniestra las Sagradas Escrituras.

Suele aparecer dentro de una mandorla o almendra mística y a menudo rodeado por las cuatro formas (Tetramorfos) que simbolizan a los cuatro evangelistas: el león de san Marcos, el águila de san Juan, el toro de san Lucas y el ángel (u hombre) de san Mateo. En el caso de san Román se conservan dos, en los dos laterales inferiores de la mandorla, habiéndose perdido los otros dos, en la parte superior. Podemos ver que, en esta ocasión, la mandorla es más bien un círculo, y la imagen está muy deteriorada, pero se adivina la silueta de Cristo sentado en majestad, en su trono.

Si miramos a nuestra derecha, sobre el arco que da a la cabecera de la nave del evangelio, veremos una escena que se identificaba con un santo entierro, pero que para las investigadoras del programa iconográfico coincide con un fragmento del capítulo 7 del Apocalipsis:

1. Después de esto vi cuatro ángeles que estaban de pie sobre los cuatro ángulos de la Tierra, y retenían los cuatro vientos de ella, para que no soplase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. 2. Vi otro ángel que subía del naciente del sol, y tenía el sello de Dios vivo; y gritó con voz fuerte a los cuatro ángeles, a quienes había sido encomendado dañar a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado a los siervos de nuestro Dios en sus frentes.

Se ve claramente a los cuatro ángeles, y lo que antaño se interpretaba como un ataúd en el centro ellas lo interpretan como una caja u objeto cuyas cuatro esquinas corresponden a cada uno de los antedichos ángeles. Es probable que representen también a los cuatro arcángeles que están más cerca de Dios: Miguel, Rafael, Gabriel y Uriel.





Representación de contenido apocalíptico. Fotografía: David Blázquez.

Estilísticamente, se han planteado varios artistas como posibles autores, pero todos de la misma escuela. Es curioso mencionar que existe una alternancia de colores rojo y blanco en las dovelas, de tipo califal cordobés, con una cinta de doble lazo o nudo, decoración de perlas sasánidas, aves islámicas, inscripciones cristianas, bandas vegetales e inscripciones islámicas en escritura cúfica, con deseos de prosperidad y buena suerte alrededor de las ventanas a los pies de la nave central. La profesora Pérez Higuera habla de una asimilación de estilos, consecuencia del mudéjar, ante la dificultad de atribuir a alguno de ellos (el presunto pintor mudéjar y el presunto pintor cristiano) las zonas donde se funden ambas tendencias. Y además considera que los temas decorativos islámicos son arcaicos, ya que los arcos que separan la nave central de las laterales presentan en sus dovelas rojas

y blancas el aspecto de los arcos califales, que estuvieron de moda tres siglos antes, en el X, como también son califales los arcos lobulados de las ventanas y la decoración vegetal de las enjutas. Sí sería de su época (contemporáneo a lo almohade) la cinta anudada que separa los contornos de las escenas. Según el equipo restaurador no son diferentes escuelas, sino la mezcla de culturas de la Toledo de entonces. Algo nada de extrañar, y que veremos en otras obras de arte de la ciudad, de la que es característico el fenómeno cultural y artístico que se ha venido en denominar mudejarismo.

### CONCLUSIONES

En la actualidad se interpreta, como se ha indicado anteriormente, que la mujer perseguida de la que habla el texto apocalíptico simboliza a la Iglesia primitiva, que da a luz a la primera generación de cristianos, pero está a punto de ser devorada por la persecución desatada por Roma contra ellos. El varón nacido también representa al Mesías, que redime a los hijos de Israel. Es el aviso de la llegada de la Salvación. Pero en este caso concreto, según Rallo y Monereo, representado en plena Reconquista, el dragón rojo, o de fuego, que aparece pintado en San Román, no simbolizaría la ya remota persecución del Imperio romano, sino que se asocia al Islam, que derrotó a los cristianos en Alarcos pero acabó siendo vencido en Las Navas de Tolosa. Símbolo político creado por Jiménez de Rada para dejar claro quién era el enemigo a combatir, representándolo en la iglesia levantada para perpetuar la memoria del rey que allí fue proclamado y que venció en Las Navas a los enemigos de la Cristiandad.

Recordemos que la iglesia fue consagrada el 20 de junio de 1221, día de san Metodio de Olimpia. San Metodio o Ebulio (260-311) fue un teólogo griego, obispo de Olimpia, Licia y Tiro, que se enfrentó a distintas creencias heréticas

(como el origenismo y el arrianismo) y acabó siendo desterrado y martirizado. En la Edad Media se creía que fue el autor del llamado Apocalipsis de Pseudo-Methodio, un texto probablemente escrito en el siglo VII por un anónimo clérigo oriental que vivió la caída en manos del Islam de los hasta entonces territorios cristianos de Asia y África. Como el Apocalipsis de Juan, es un texto escatológico, que trata sobre el destino último del ser humano y el universo. El autor, llamado el Pseudo-Methodio, considera la llegada de los ismaelitas como un castigo divino a causa de los pecados de los hombres, y predice la llegada de un emperador que salvará a la Cristiandad de la dominación del Islam<sup>37</sup>.

El texto fue muy difundido y traducido (del siríaco al griego, y después al latín), con lo que es fácil suponer que fuese de sobra conocido por Jiménez de Rada y su entorno de intelectuales y traductores. En el siglo XIII había ya traducciones al francés, al inglés y hasta al ruso. Una obra que era interpretada para justificar los ataques o invasiones que sufrían los reinos cristianos por parte de ejércitos paganos, y que, evidentemente, entendía que los musulmanes eran el enemigo a vencer. Se puede deducir que cuando Jiménez de Rada mandó desarrollar un programa iconográfico simbólico para el templo de San Román no sólo conocía el *Libro de las Revelaciones* de Juan, como muy bien proponen Rallo y Monereo, sino que también conocía el del Pseudo-Methodio, y que identifica con el dragón de fuego al enemigo contra el cual se estaba luchando -no en el lejano Oriente, sino en la propia Hispania- en aquellos momentos.

En todo caso, y dejando aparte las interpretaciones teológicas, San Román es un lugar excepcional para entender el

---

<sup>37</sup> J. V. Tolan, «Primeras reacciones del Oriente cristiano al Islam», en *Sarracenos: el Islam en la imaginación medieval europea*, Valencia, Universidad de Valencia, 2007, pp. 76-77.

contexto no solo de los años de las «Vísperas Alfonsíes», sino el siglo de Alfonso el Sabio en su totalidad. No solo por haber conservado una maravillosa y sorprendente decoración pictórica, sino por su simbología, al transmitir a la posteridad el proyecto de Jiménez de Rada, la perpetuación de la memoria de Alfonso VIII y del adversario a derrotar, en pro de la culminación de la Reconquista, para recuperar las tierras que fueron arrebatadas cinco siglos antes a los antepasados visigodos y a la vez, para vencer al Islam que se hallaba en *yihad* o guerra santa contra los cristianos.

Un lugar que nos permite comprender el entorno social, religioso y cultural no solo de los años de la infancia, mocedad y juventud del futuro Alfonso X, sino de todo el siglo XIII: el siglo del mudejarismo y el Gótico, el siglo de la convivencia -a veces bien, a veces mal- de gentes de distintas culturas y religiones, el siglo del surgir de las ciudades, la burguesía mercantil y las universidades. El siglo de los traductores... En resumen, el siglo de Alfonso X.